



RECTORÍA DE NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN

Hora Santa Juvenil



Canto entrada y exposición del Santísimo Sacramento

1. Vivir la pobreza evangélica.

Mt 5, 1-12: Las bienaventuranzas

En aquel tiempo Jesús viendo a la muchedumbre, subió al monte y se sentó. Sus discípulos se le acercaron. Entonces, tomando la palabra, les enseñaba así: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados serán cuando los injurien y los persigan, y cuando, por mi causa, los acusen en falso de toda clase de males. Alégrese y regocíjense, porque su recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a ustedes.

La primera Bienaventuranza se expresa en Mateo 5,3 como “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos” y en Lucas 6,20, como “Bienaventurados ustedes los pobres, porque suyo es el reino de Dios.” Podríamos tener la tentación de hacer una distinción entre los pobres y los pobres de espíritu, asumiendo que una cosa se refiere a la pobreza económica y otra a la pobreza espiritual.

En efecto, la pobreza en sí misma no es una virtud. La virtud reside en la capacidad de cada uno, tanto si es rico como pobre, de tocar y entender nuestra necesidad del exuberante amor y generosidad de Dios. Se trata de descubrir dentro de nosotros una pobreza que nos permite recibir lo que Dios tan generosamente nos concede, que se describe en esta bienaventuranza como “el Reino de los Cielos.”

Ahora reflexionemos de forma personal

Oremos para que nuestros corazones sean humildes y generosos.



Momento de silencio orante

2. La pobreza evangélica en algunos ambientes.

La pobreza evangélica es un valor evangélico y uno de los votos que se observan en las comunidades religiosas, la cual es vivida de distintas maneras, para algunos se trata de no tener nada propio y de no poder disponer de nada, es una manera de vivir el desapego de las cosas del mundo.

Encomendemos a Dios la pobreza de nuestros sacerdotes, para que sigan utilizando sus recursos materiales de manera sobria y no caigan en la tentación de buscar afanosamente solo lo material, dejando a un lado la vida de pobreza.

Pidamos por los pastores de la iglesia quienes viven su ministerio entregados al servicio, que dan el valor adecuado a las cosas a las personas y sobre todo a Dios depositando toda su confianza en Él, de tal modo que si llegan a tener más son capaces de ayudar más. Te pedimos Señor por quienes han descuidado su vida interior y por quienes manifiestan en su servicio pastoral esa relación íntima con Dios, ayudando con lo que son, tienen y saben.

Muchos bautizados manifiestan esta realidad del apego a las cosas y a veces hasta son capaces de privar la vida a los demás con tal de conseguir lo que desean haciéndose cada vez más ricos a los ojos del mundo y pobres ante la mirada de Dios, perdiendo en ello la vida como dice la Palabra. Otros más y lo hemos vivido ahora en la pandemia, han mostrado su preocupación por los más necesitados en distintos aspectos de la caridad, haciéndose pobre con el pobre, con el que no tiene para comer o para algún medicamento, con el que padece alguna enfermedad, comunidades parroquiales organizadas para ayudar a sus vecinos.

Ahora reflexionemos de forma personal

Oremos por los miembros de nuestra Iglesia para que siempre usemos los bienes materiales de manera adecuada y para el bien común.



Momento de silencio orante



3. Compartir la vida con los más necesitados.

Para un cristiano no es posible pensar en la propia misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad. Esto implica reproducir en la propia existencia distintos aspectos de la vida terrena de Jesús: su vida oculta, su vida comunitaria, su cercanía a los últimos, su pobreza y otras manifestaciones de su entrega por amor. Y todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en Él y que Él lo viva en nosotros. Recordemos: «la santidad no es sino la caridad plenamente vivida».

El Evangelio nos invita a reconocer la verdad de nuestro corazón, para ver dónde nos convoca a compartir la vida de los más necesitados, la vida que llevaron los Apóstoles y, en definitiva, a configurarnos con Jesús colocamos la seguridad de nuestra vida.

La pobreza de Jesús tiene una finalidad salvífica. Cristo, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos por medio de su pobreza (cfr. 2Cor 8,9). La carta a los Filipenses nos enseña la relación entre el despojarse de sí mismo y el espíritu de servicio, que debe animar el ministerio pastoral (Fil 2, 6-7) El Señor nos enseña que Dios es el verdadero bien y que la verdadera riqueza es conseguir la vida eterna. El sacerdote es consciente, de que todo debe ser usado para la edificación del Reino de Dios... amigo de los pobres, él se reservará a ellos las más delicadas atenciones de su caridad pastoral, con una opción preferencial por todas las formas de pobreza, que están trágicamente presentes en nuestro mundo.

Ahora reflexionemos de forma personal

Oremos para ser reflejo de Cristo, un modelo de humildad y de amor.



Momento de silencio orante

4. Una Iglesia para el más necesitado.

Con firme convicción afirmamos que nuestra vocación de ser una Iglesia pobre para los pobres, significa en el momento presente estar siempre disponibles, desde la austeridad de nuestros recursos, para servir y manifestar su solidaridad a los más necesitados: Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que Él mismo ha querido identificarse.

Es necesario pedirle al Espíritu Santo que nos haga enamorarnos de la pobreza, porque quien esté enamorado de ella encontrará después los caminos y modos de practicarla. Se trata de la pobreza más profunda de todas, porque toca la esfera del ser, ya no sólo la del tener.

En este camino de encuentro cotidiano con los pobres, nos acompaña la Madre de Dios que, de modo particular, es la Madre de los pobres. La Virgen María conoce de cerca las dificultades y sufrimientos de quienes están marginados, porque ella misma se encontró dando a luz al Hijo de Dios en un establo. Por la amenaza de Herodes, con José, su esposo, y el pequeño Jesús huyó a otro país, y la condición de refugiados marcó a la Sagrada Familia durante algunos años. Que la oración a la Madre de los pobres pueda reunir a sus hijos predilectos y a cuantos les sirven en el nombre de Cristo. Y que esta misma oración transforme la mano tendida en un abrazo de comunión y de renovada fraternidad.

Ahora reflexionemos de forma personal

Pidamos a nuestro Señor tener siempre la fortaleza de ir al encuentro de nuestros hermanos más necesitados.



Momento de silencio orante

Intercesión de la Santísima Virgen María por los adolescentes y jóvenes

Pidamos la intercesión de María, la discípula orante, la discípula Madre, y pongamos bajo su protección a todos los adolescentes y jóvenes, particularmente a los de nuestra Arquidiócesis de Yucatán.

Madre Santísima de Guadalupe queremos pedirte que todos los adolescentes y jóvenes, en la realidad en la que se encuentren puedan experimentar tu abrazo materno, tu cariño y tu calidez.

Que por el testimonio de María de Nazareth, nuestra madre, los adolescentes y jóvenes de Yucatán puedan ser discípulos y misioneros de Jesús, encuentren su vocación y aquellos que no lo han conocido sean adolescentes y jóvenes de buena voluntad.





Oración final

Hazme desear y elegir solo lo que me conduce a mi fin.

Dios eterno y todo poderoso, tu que nos has creado, a mis hermanos y hermanas, y a mí, para alabarte, respetarte servirte, y llegar un día hasta ti.

Tu nos has dado a los hombres todas las cosas de la tierra, para que con tu ayuda vivamos conforme a nuestra vocación.

Concédeme la clarividencia de discernir lo que me conduce a ti, para que lo elija; y lo que me separa de ti, para que lo rechace.

Concédeme tu Espíritu Santo, para que desee y elija lo que me conduce al fin para el que he sido creado. Amén.

De principio y fundamento de San Ignacio de Loyola.

Bendición y Reserva.

